

Ahora, llámame

Saliste del ascensor. Percibiste la fragancia suave a vainilla proveniente del fondo del pasillo y el de una música lenta pero crujiente que emulaba el maullido de un gato. Te acercaste con sigilo, casi de puntillas, acallando de manera inconsciente el clap clap de tus botas de tacones. La puerta estaba abierta, eso explicaba el aroma avainillado y los sonidos envolventes advertidos desde el ascensor. Había penumbra dentro. La escasa luz disponible provenía de unas cuantas velas esparcidas por el salón.

Entraste sin llamar. No había nadie. Observaste con dificultad la disposición del salón recogido y pulcro: la mesa ocupada por una botella y dos copas de vino, el sofá raso de cuero negro sin cojines, las velas alrededor distribuidas para ampliar espacios tras las sombras y una cinta azul apostada sobre la silla como única nota dispar. Cerraste la puerta. Una mezcla de desconcierto e inquietud comenzó a atraparte. Lo natural es que saludaras o preguntaras si había alguien, sin embargo ,declinaste el sentido del habla en favor de la vista y el oído. Escrutaste el espacio con curiosidad. Tus pupilas ya se habían dilatado lo suficiente y ya distinguías mejor entre las sombras. Afinaste el oído. Nada. Solo esa música que parecía crepitar.

Reparaste en un folio escrito sobre el sofá. Dudaste. No quisiste mirar pero al no atisbar ninguna otro indicio, aparte de las copas y el vino, pensaste que podía estar destinado para ti. En efecto, así era: leíste de reojo un 'Hola lobezna' escrito en morado sobre blanco y sonreíste complacida. Entonces, supiste que empezaba un juego secreto y desconocido...

Te sentaste, animada. Te reconfortó reconocer mi letra pulida, adornada con esos corazones relevando a las oes. Las primeras líneas eran cálidas, te arrullaban e invitaban a ponerte cómoda en el sofá y a relajarte. Bebiste algo de vino y lo paladeaste despacio en tu garganta como te sugerían esas palabras en malva. Te

desprendiste de tu abrigo con una sonrisa en la boca y el sabor de los taninos en tus labios. Miraste alrededor, prestaste atención a la música por un momento, empezaba a agradarte, y seguiste leyendo.

Nuevas indicaciones te incitaron a saborear el vino de nuevo y a desprenderte lentamente de algunas prendas. Primero los guantes, luego el pañuelo anudado en tu cuello. Ese sugestivo olor a vainilla te agradaba y estimulaba a la vez. La calidez de las velas y la expectación del momento caldearon tu cuerpo, hasta hacerlo palpitar.

Respiraste hondo. Ya ibas por tu cuarto sorbo cuando accediste a desprenderte de tu vestido entallado, ese tan atrevido que habías seleccionado con esmero para la ocasión. Descorriste la cremallera con parsimonia. Algo irracional te empujaba a jugar y detener el momento, sin prisa. Un brazalete alrededor de tu brazo adornaba tu voluptuoso cuerpo.

Las velas danzaban sigilosas con la música, su humo sinuoso hacía que la estancia se expandiera. Te sorprendió e incitó la siguiente instrucción: debías desprenderte de las medias, pero luego volver a ponerte las botas altas de cuero. Lo hiciste sin pensar y acto seguido apuraste tu vaso de vino. Notabas ascender la temperatura de tu cuerpo. Te estaba gustando el juego. Tus mejillas se irrigaron de sangre a alta temperatura. Faltaban un par de líneas aún por acabar, sin embargo, tú ya te sentías excitada.

Apenas ataviada con la combinación de lycra negra del sujetador y el tanga con una cadena de pedrería, y con la compañía inesperada de tus botas de tacón también negras, te aupaste y vertiste vino en las dos copas, como así sugería el folio. Volviste al sofá con tu copa en la mano, bebiste y la saboreaste sin prisa, con deleite, antes de vaciarla y así llegar al fin del texto. Y entonces, leíste esa provocativa línea final y obedeciste: te colocaste aquella venda de terciopelo azul alrededor de los ojos y, por último, me reclamaste. 'Ahora, llámame', así concluía el texto. La lujuria arañaba las puertas de tu sensualidad

*** ** ** ** **

Me sentiste tras de ti. Suspiraste. Percibiste el olor suave a aceite de aloe vera en mi piel. Lentamente, mi mano, impregnada del aceite hidratante, comenzó a acariciar tu cuello y hombros. El aceite fue cubriendo poco a poco esa zona tan sensible de tu epidermis.

Comenzaste a liberar oxitocina. Tus receptores táctiles, alrededor de los folículos de la piel, viraron de repente la dirección del tu vello. Excitada, te estremeciste súbitamente solo con ese cálido tacto inicial. Apenas lo noté. Estaba concentrado en acariciarte con suavidad y sin presionar demasiado. La clave era la velocidad y la dureza, era consciente y yo gozaba con ello.

Fue necesario desprenderte el sujetador, para no mancharlo de aceite y lo hice con la otra mano, liberada para la ocasión. Entonces empecé a envolverte de aceite con ambas manos primero por toda la espalda, con suavidad, sin prisa, a dos centímetros por segundo, y por tu cintura y tus pechos después. Quería morderte el cuello pero me contuve. Solo mis yemas hacían contacto con tu cuerpo. Tú no sabías qué hacer con tus brazos, querías rozarme el pelo pero con un gesto brusco te lo impedí.

Te puse en pie. Cogí una copa de vino y te lo di a probar, maniobrando detrás de ti. Se derramaron unas gotas por tu mejilla hasta alcanzar tus senos Te estremeciste. Luego probé yo de mi copa. Ya aupada sobre tus botas de tacón, volqué más aceite sobre las palmas de mis manos y seguí acariciándote por detrás tetas y abdomen con fruición. Tus suspiros me indicarían el momento preciso. Aún no lo era. Procedí a deslizar tu tanga lentamente con una mano, mientras con la otra acariciaba tu vientre, el interior de tus muslos y ese preciso culo que tienes. Ralentiqué ese momento todo lo que pude. Luego descendí por tus muslos para engrasarte enteramente hasta el borde de las botas. Respirabas con dificultad, entrecortadamente y comenzaste a gemir.

Estaba excitado también. Me mantuve a la suficiente distancia para que mi polla dura no rozara con tus nalgas. Moje un dedo en tu boca, que lamiste con frenesí y rápidamente lo descolgué hasta tu húmedo y jugoso coño. Jugué con él. Te estabas poniendo muy cachonda. Con la otra mano te sujetaba del cuello y del pelo, sin forzar pero manteniéndote rígida. Únicamente ataviada con tus botas, el brazalete y velada por una venda azul, estabas completamente a mi merced.

Seguí acariciando tu coño con lujuria. Jugaba con tus labios y tu clítoris, cambiando cada rato, con embeleso, deshaciéndolo poco a poco. Gemías. Deseaba lamerlo, sorberlo y mordisquearlo hasta derretirte, pero me aguanté. Estabas tan encendida que tu cuerpo desprendía llamas de lascivia. Te empujé contra la pared y mi cuerpo se pegó al tuyo y por fin la notaste contra tu culo erguido, firme como una piedra

Y entonces en plena pasión, y sin adivinarlo, me indicaste el momento adecuado. Me di la vuelta, me puse en frente tuyo, desaté el nudo y deslicé la venda. Esta se deslizó suavemente por tu cuello. Brillaron tus ojos al verme de esa manera ataviado. Y entonces tus colmillos se hicieron fauces, tus uñas garras y tus ojos se incendiaron de líbido.

- ¿En la terraza o en la ducha, lobezná? - te pregunté

- Vamos a follar a la terraza, me murmuraste entre gemidos.

Acababa de caer la noche, el suelo de la terraza de mi ático aún caldeaba por el calor veraniego. Allí mismo te abalanzaste sobre mi polla y de rodillas comenzaste a lamer con desenfreno. Cogías aire de vez en cuando y aprovechabas para ensalivarla despacio, derramando la saliva por mis huevos. Me mirabas voraz y volvías a succionar con vehemencia. Hasta el fondo te ordené y obedeciste entre arcadas, con destreza.

Llegó mi turno: te tumbé sobre las cálidas baldosas.

Notaba mi leche caliente aproximándose. Te separé. No querías, protestaste, pero había llegado mi turno: te tumbé sobre las cálidas baldosas y me deslicé alrededor de tus muslos, circundando y acercándome peligrosamente a tu coño lubricado en aceite. Cuando mi lengua percibió la humedad de tus labios, me excité sobremanera. Estabas tan húmeda que tu néctar impregnaba tu coño por completo. Mis dedos jugaron con tu coño y mis labios chuparon tu clítoris sin descanso.

Ante tus jadeos acelerados, mis dedos entraban y salían de tu húmedo coño primero rítmicamente, luego con ferozmente. Te sujeté el pelo con firmeza con una mano para encorvarte y te retorcaste a mi merced. Me imploraste un no pares, cabrón. Te complací. No tardaste en correrte por primera vez. Te avivó que te dijera lo perra que eres, lobezna. Respiraste con sofoco, exultante.

Te levantaste y te adentraste en el salón en busca de una vela, las copas y la botella de vino. Dejaste la vela al lado y serviste las dos copas, que sorbimos sedientos. Traviesa, de tu copa derramaste vino sobre mi tórax y empezaste a lamerme entero. Sorbías cada poro de mi piel lentamente, disfrutando tanto como yo. Te acercaste a mi polla y huevos, agarraste tu copa y los impregnaste de vino, a conciencia. Lamiste embelesada. Chupabas y mordías a la vez, por momentos con ansia Sin avisarme, cogiste la vela y derramaste unas gotas de cera sobre mi polla y huevos. Mi espalda se arqueó y me estremecí. Al instante me calmaste con tu lengua. Fue un instante, sentí la erupción en mis huevos y mi leche a punto de derramarse. Así que me contuve, giré y volví sobre tu coño y lo rocié con el vino adherido a mi lengua y labios. Adoro tu coño. Lo deshice con locura. Nos devoramos se manera salvaje. Un sincronizado sesenta y nueve nos llevó al clímax. Derramé algo de cera sobre tus pezones inhiestos, gemiste. Agarré tu clítoris ente mis dientes, lo froté y lamí con el dorso de mi lengua, con frenesí. Y volviste a derretirte en mi boca.

Ardiendo los dos y ya exudando sudor a pares, me dijiste vamos a follar a la ducha, tengo unas ganas locas y una sonrisa diabólica se dibujó en tu cara. Me encanta tu polla, sonreíste. Me vuelve loco tu coño, sonreí.

Hermexx